



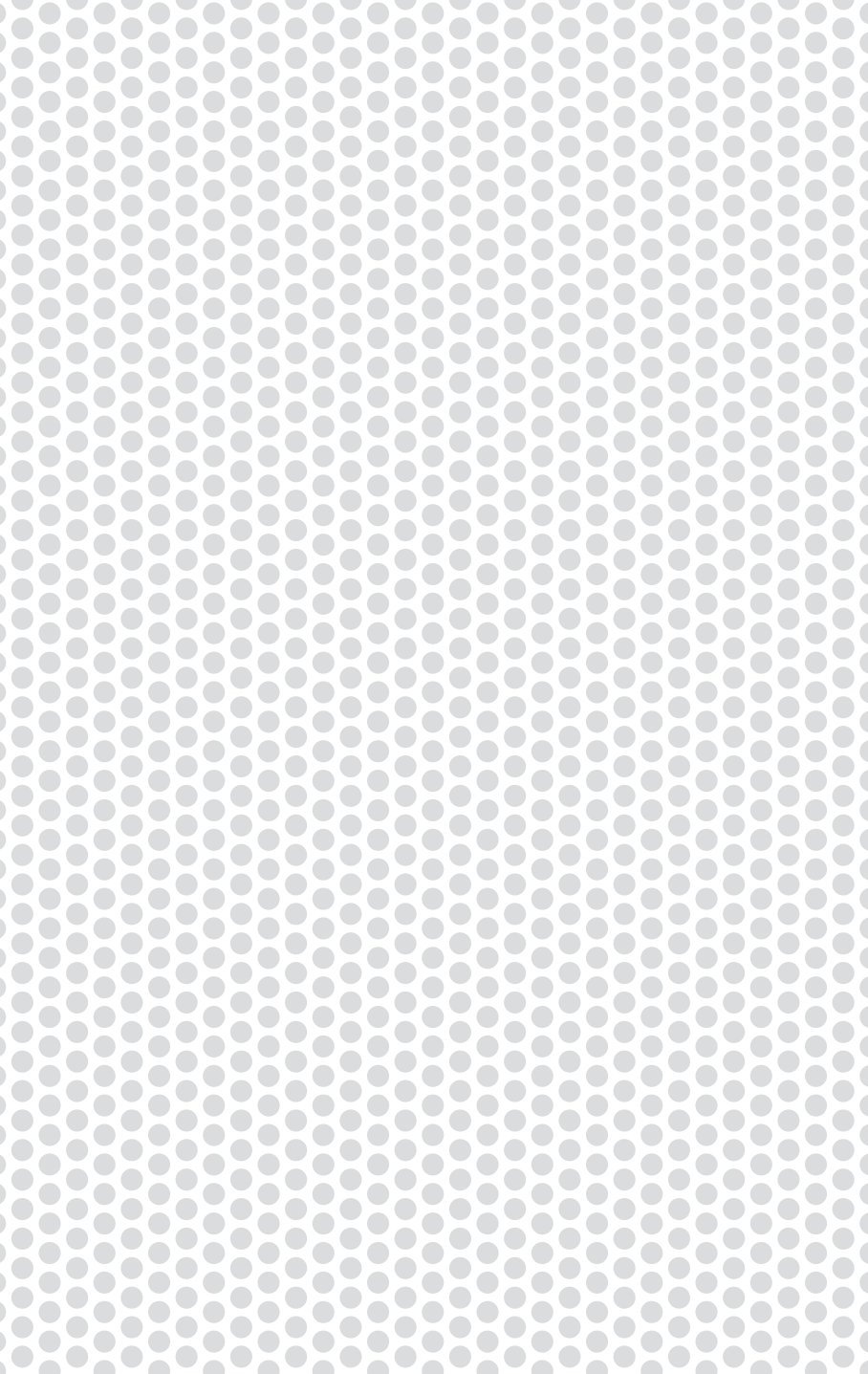
EL BARCO
DE VAPOR

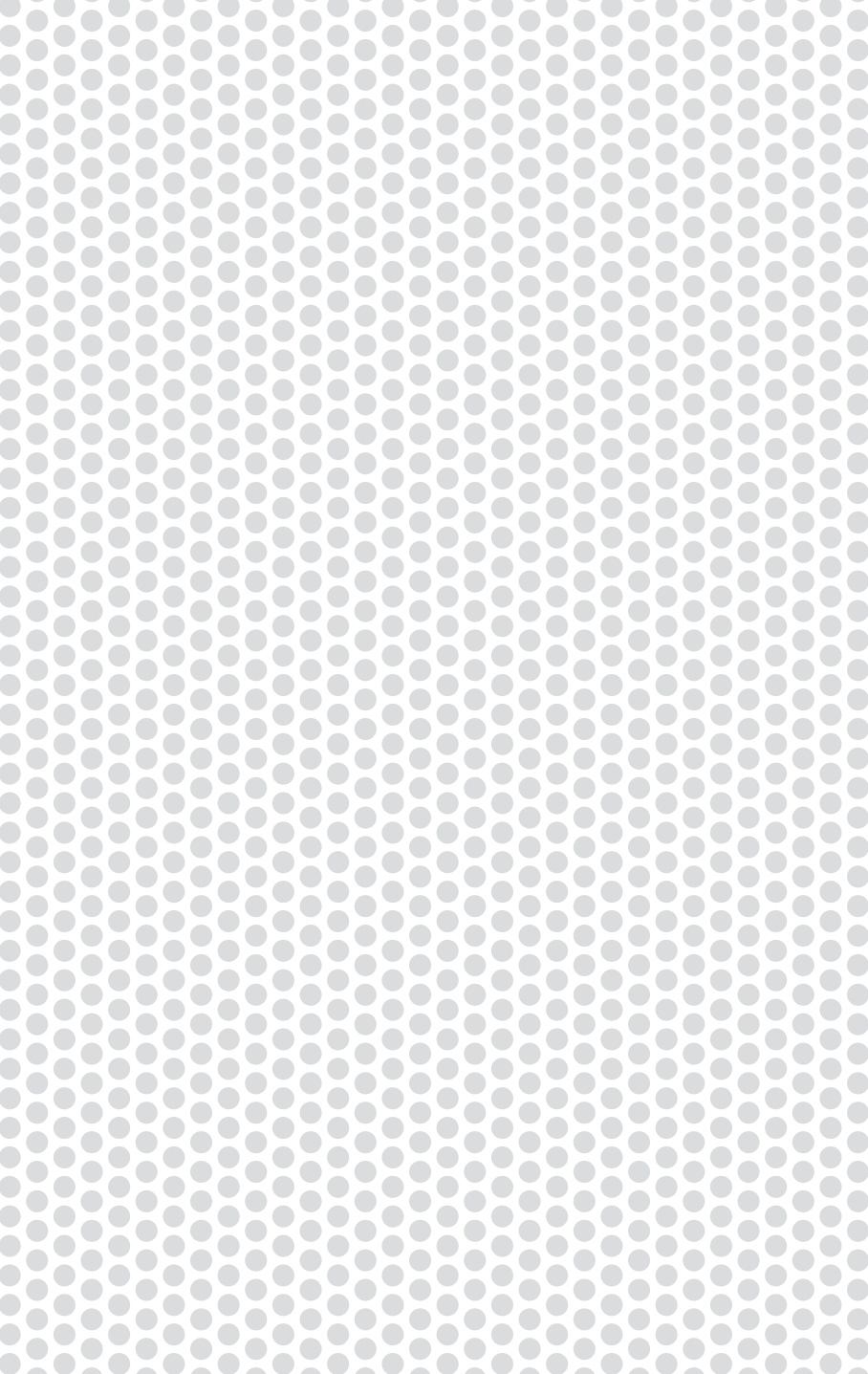
Manual para corregir a

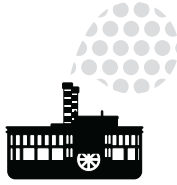
NIÑOS
MALCRIADOS



Francisco Hinojosa







EL BARCO
DE VAPOR

Manual para corregir a niños malcriados

Francisco Hinojosa

Ilustraciones
de Jazmín Velasco



Hinojosa, Francisco

Manual para corregir a niños malcriados / Francisco Hinojosa; illus. de Jazmín Velasco. – 2a. ed. – México : Ediciones SM, 2016
103 p. : il. ; 12 x 19 cm. – (El barco de vapor. Naranja ; 63 M)

ISBN : 978-607-24-2074-8

1. Cuentos mexicanos. 2. Humor – Literatura infantil. I. Velasco, Jazmín, il. II. t.

Dewey 863 H56

Este libro fue escrito con el apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Texto: Francisco Hinojosa

Ilustraciones: Jazmín Velasco

Primera edición, 2011

Segunda edición, 2016

D. R. © SM de Ediciones, S. A. de C. V., 2011

Magdalena 211, colonia del Valle, 03100, Ciudad de México

Tel.: (55) 1087 8400

Para conocer SM, su fondo editorial y sus servicios:

www.ediciones-sm.com.mx

ISBN: 978-607-24-2074-8

ISBN: 978-968-779-176-0 de la colección El Barco de Vapor

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana

Registro número 2830

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, o la transmisión por cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La marca **El Barco de Vapor**® es propiedad de Fundación Santa María.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

*A mi madre,
que fue mi primera maestra en
esto de educar a niños malcriados.*

*A mis hermanos, Laura, Javier y Manuel,
que son protagonistas de varias historias
y a los que a veces tengo que darles terapia;
o mejor dicho: ellos a mí.*



● INTRODUCCIÓN

DE TANTO ESCRIBIR libros para niños, y de tanto estar en contacto con ellos, me he convertido poco a poco en un especialista en la corrección de malas conductas infantiles. Muchos padres desesperados me llaman para pedirme consejos, o me contratan para que ponga en práctica algunos de mis métodos correctivos con sus hijos.

Para mi asombro, me he encontrado con que cada día hay más niños malcriados, caprichosos, flojos, groseros, crueles, desobedientes, sucios, chapuceros, maleducados, pedantes y envidiosos. Y sus papás no saben cómo corregirlos y guiarlos por los caminos de la vida. Por eso me he propuesto escribir este libro: para dejar registro de algunos de los casos más graves con los que me he topado a lo largo de muchos años.





Los padres que se han acercado a mí en este tiempo han encontrado una luz en mis enseñanzas y han podido enderezar las vidas de sus críos. Aunque los honorarios que cobro por mi trabajo profesional son elevados, vale la pena el esfuerzo económico con tal de corregir la conducta de los niños. Pero como no todos pueden pagar lo que pido, he decidido escribir este manual para que mis enseñanzas y mi experiencia iluminen a más personas. Se trata de un libro escrito para los padres. Por eso les conviene que sus hijos no se acerquen a él, pues descubrirían cuáles son las soluciones que propongo a sus malas conductas, y entonces mis remedios perderían efectividad.

También recibo en ocasiones la visita de maestros que no tienen idea de cómo tratar a sus alumnos más traviesos y maleducados. A algunos les gusta enseñar las matemáticas, especialmente el teorema de Pitágoras; a otros, la biología, en particular los nombres de los músculos del cuerpo, como el esternocleidomastoideo; o bien disfrutan la materia de Geografía, siempre y cuando sus pupilos se aprendan las capitales de países



como Luxemburgo o Burkina Faso. Sin embargo, en cuanto ven que sus alumnos no se lavan las manos después de ir al baño, tiran la basura fuera del cesto, se sacan los mocos enfrente de sus compañeros, hacen trampa en los exámenes o se van de pinta, no saben cómo reaccionar ni qué hacer para corregirlos. Entonces acuden a mí para que los ayude a solucionar sus problemas.

Reconozco que muchas veces mis remedios pueden ser más dolorosos que una jeringa clavada en la panza después de la mordida de un perro rabioso. Veo los ojos de muchos niños que se clavan en mí con terror y con desprecio, pero casi siempre también con arrepentimiento. De la misma manera, siento las miradas esperanzadas de muchos padres, abuelos, tutores y maestros que confían en mí.

He de decir que no soy psicólogo, médico ni pedagogo. A pesar de eso, todos mis clientes y pacientes me dicen “doctor Hinojosa”. Al principio trataba de corregir el error. Ahora no, porque en el fondo, aunque no haya estudiado una carrera que me otorgara tal título, lo cierto es que cumplo



con las tareas de un doctor y que mi trabajo es tan importante como el de quien cura un catarro, trasplanta un corazón o compone un brazo fracturado.

Algunos casos muy graves los he podido corregir gracias a mi enorme experiencia. Otros no, como el de Casildita, la niña que mordía las orejas de sus compañeros; o el de Jorge Juan, el chamaquito que le cortaba el pelo a su hermano cuando estaba dormido; o Chayo, la joven que escupía en la calle; o Bartolomé, el escuincle que se creía superhéroe... Lo que importa es que hay más de trescientos niños que han abandonado sus malas costumbres gracias a mis métodos correctivos, como Rosita, la mocosa que pintaba las paredes; Panseco, el chaval que eructaba en la cara de los demás, o Jazmín, la niña fresa que no se cortaba las uñas de los pies.



● DANTE, EL NIÑO QUE NO COMÍA FRUTAS Y VERDURAS

DANTE ODIABA todas las frutas y todas las verduras. La zanahoria por anaranjada, el brócoli por su olor, el chile porque le picaba, la cebolla por redonda, la lechuga por insípida, el ajo por su sabor, la sandía por sus semillas, el mango por su hueso, la papaya por su nombre, las uvas por chiquitas, el kiwi por ridículo y la guayaba porque sí.

En cambio, adoraba las cosas crujientes, como las papas doradas, los cacahuates garapiñados, los chicharrones de harina, los nachos con queso, los churrumáis, los hipertostis, los retrochetos, las lagrimitas y los turripanes. Además, le encantaba todo lo que supiera a dulce: pasteles, helados de vainilla o chocolate, pirulíes, caramelos de yerbabuena o anís, buñuelos bañados con miel de piloncillo, mazapanes, malvaviscos, gomitas y cocadas.



De vez en vez, cuando no estaba lleno por llevarse a la boca tanta chatarra, comía carne, espagueti, pizzas, tacos y chorizo, pero nada que creciera arriba o debajo de la tierra a partir de una semilla.

Sus padres, Epigmenio y Sarita, me llamaron un día para que los aconsejara sobre la dieta de



su hijo: temían que se pusiera muy gordo y que el corazón le empezara a fallar.

Como hacía algunos años yo había escrito un cuento acerca de un chamaco, Amadís, que de tanto comer dulces se había convertido en un niño de dulce y sus compañeros se lo empezaron a comer, sabía que podría encontrarle la solución al problema de los señores Olivera. Les pedí que dejaran a su hijo pasar unas vacaciones de tres o cuatro días conmigo.

Una semana después me llevé al chamaco a una cabaña que tengo situada en un lugar apartado de la montaña. He de confesar que Dante era un niño muy simpático, ocurrente, divertido y listo, aunque también un poco terco y pasado de kilos. Para él compré grandes cantidades de toda la comida que le gustaba, y para mí una buena cantidad de frutas, verduras y especias.

Nos instalamos un jueves por la tarde. Como el viaje había sido largo y los dos teníamos hambre, antes de desempacar me puse a cocinar unas deliciosas calabazas fritas en aceite de oliva y luego aderezadas con unas gotitas de vinagre balsámico,



una pizca de ajonjolí, otra más de orégano y sal rosada del Himalaya. Al mismo tiempo, metí al horno un jitomate, al que previamente le quité las semillas y rellené con queso, uvas sin piel, nuez, trocitos de jamón serrano, albahaca, pimienta y sal negra de Hawaii. En seguida me preparé un plato de frutas: arándanos, fresas, moras y ciruelas cubiertas con crema, espolvoreadas con jengibre caramelizado molido.

Dante me veía preparar mi comida con una cara de asco indescriptible. Creía que estaba preparando la comida para los dos, pero estaba equivocado. Puse en la mesa un mantelito, unos hermosos cubiertos de plata y una servilleta.

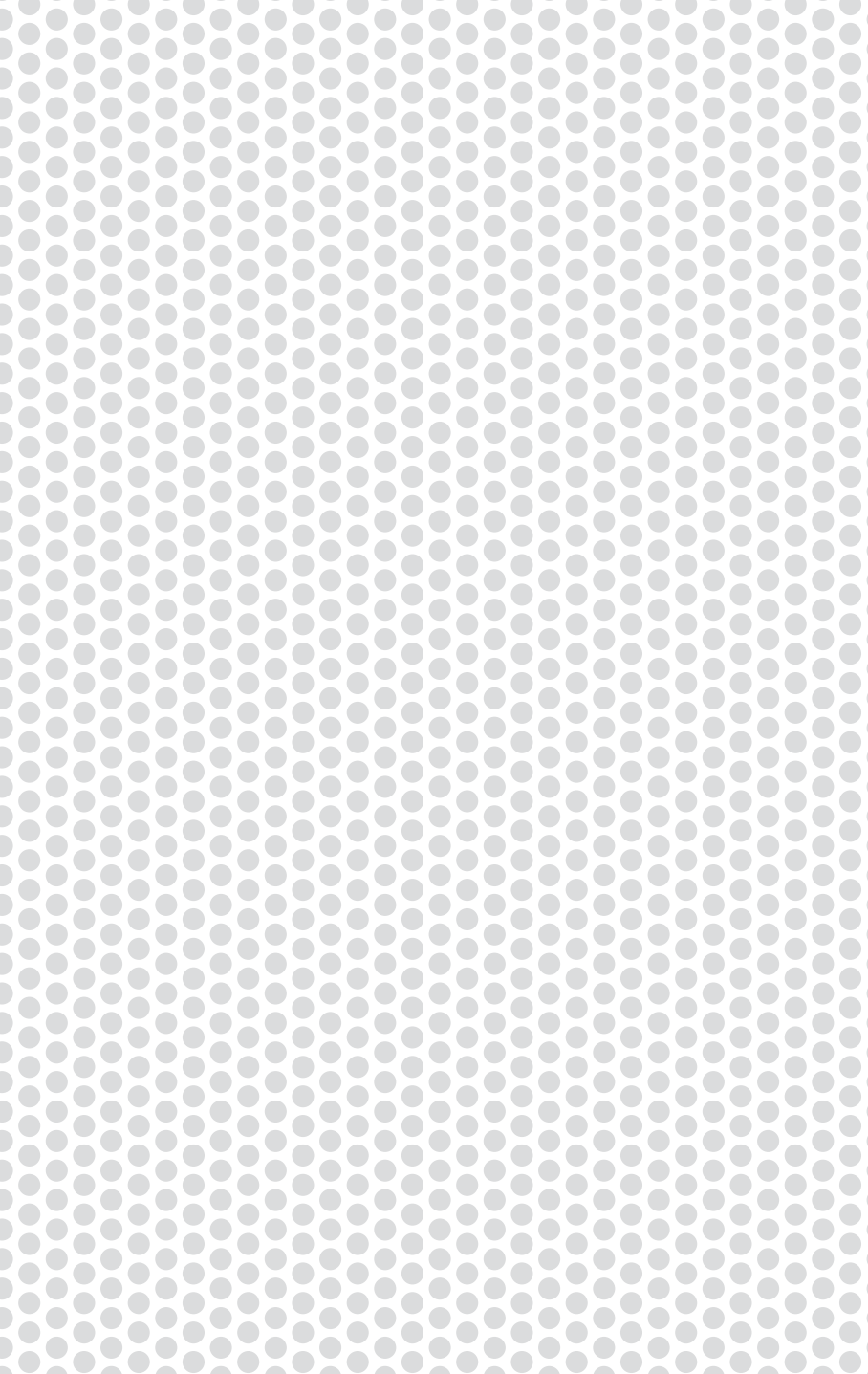
—¡A comer se ha dicho! Me muero de hambre.

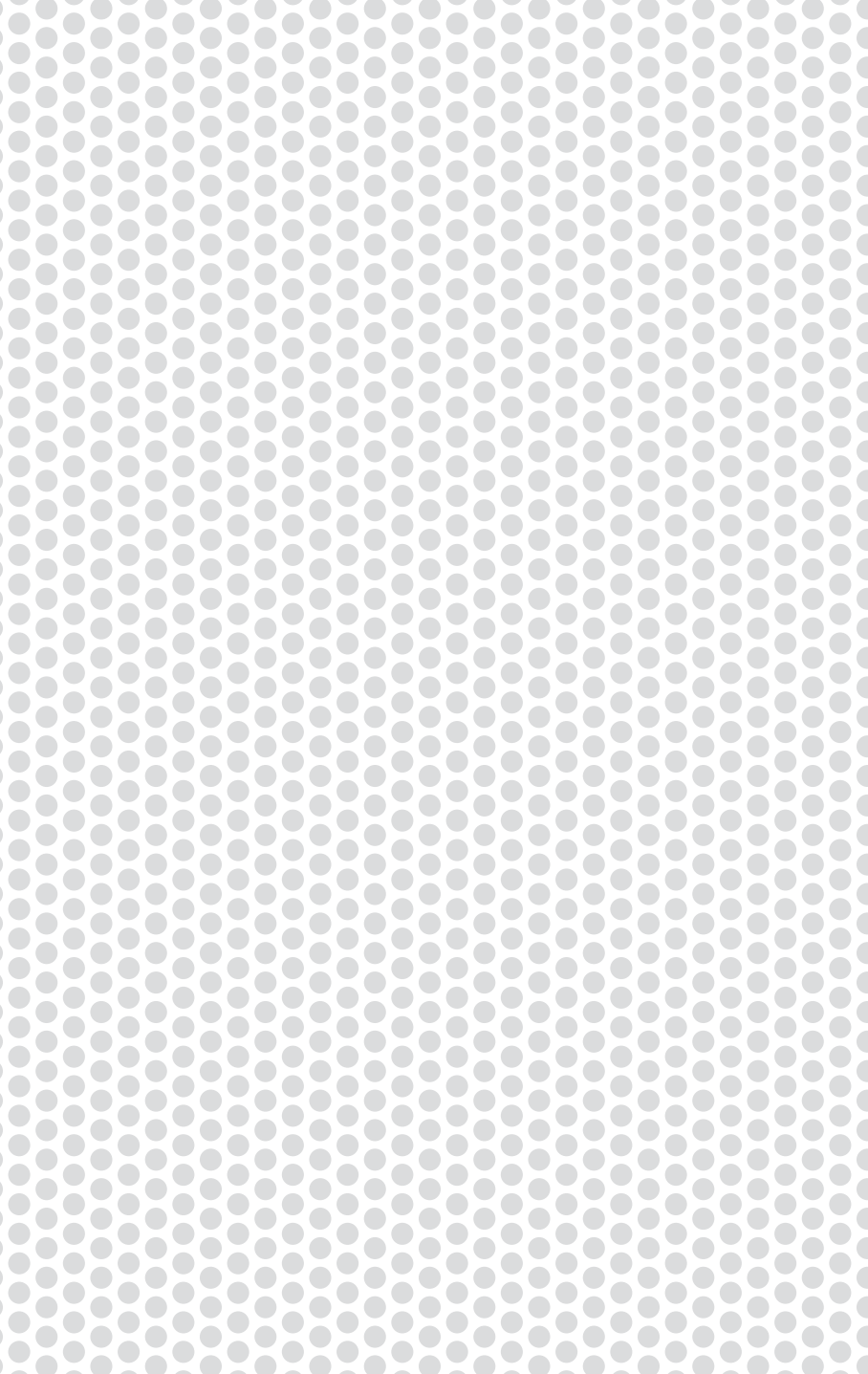
—¿Y yo qué voy a comer? —me preguntó Dante con expresión desconsolada.

—No creas que no he pensado en ti —le respondí, al tiempo que le guiñaba el ojo.

Fui a la cajuela del coche, saqué la comida que le había llevado y se la puse en su lugar: bolsas de todo tipo llenas de cosas que crujen.

—Supongo que no necesitas cubiertos...





9+



Niños malcriados,
¡cuidado!, el **doctor
Hinojosa** está aquí.
Curará a todos esos
chamacos de pesadilla: los
que no se bañan, que dicen
groserías, aficionados a
los mocos, que no comen
frutas y verduras...
Todos tienen remedio.
Los **desesperados padres**
dejarán de padecer las
atrocidades de sus hijos.



Francisco
Hinojosa nos
ofrece la solución a
los problemas de muchos
padres: un ilustrativo
compendio del arte de
**lo malcriado y su
tratamiento.**



HUMOR



REALISMO



PAZ



FAMILIA